

historiador. A continuación se inserta un ensayo de tipo metodológico debido a RUGGIERO ROMANO: *Caracterización histórica del desarrollo económico*. En él se señalan las coincidencias y divergencias entre los métodos de investigación de economistas e historiadores de la economía. Seguidamente se analizan los caracteres históricos del desarrollo económico y se pone de manifiesto la necesidad de un mejor conocimiento del desarrollo agrícola para una investigación fructífera del desarrollo industrial. Es fundamental sobre todo, el estudio de los modos de "valoración" y el análisis del empleo del excedente agrícola. TIBOR WITTMAN escribe *Sobre el presunto carácter "turco" del absolutismo español del Siglo de Oro*. Analiza y explica las semejanzas que hay entre la España de los Austrias y la Europa oriental, dominada por los turcos; pero, al mismo tiempo, señala las diferencias de estructuras entre ambas, que hacen que no se pueda afirmar categóricamente el carácter "turco" de la monarquía española, quizás por no conocerse a fondo algunos fenómenos sociales y su proyección política.

Las *Formas de pago en una comunidad rural del siglo XVIII* es el tema de un trabajo de ANTONIA ANTONIONE, en el cual, sobre documentación de la parroquia argentina de Santa María (Catamarca), en particular la que recoge la cobranza de censos (1792-1795), se analiza el porcentaje de pagos hechos en especies, trabajo o moneda. El último trabajo es debido a la pluma del director de la publicación, NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ, y se titula *Finanzas y dieta militar. Un documento del ejército de ocupación en Cataluña en 1827*. Sobre la citada fuente (Archivos Nacionales de París), se ofrecen datos de los alimentos consumidos por los Cien Mil Hijos de San Luis. El documento ofrece además datos sobre cuestiones monetarias y financieras: volumen de moneda puesto en circulación en España por el ejército francés, deuda de la Corona con Francia, etc.

M.^a ENCARNACIÓN RODRÍGUEZ VICENTE
Universidad de Sevilla

REGLA, Joan: *Comprendre el món (Reflexions d'un historiador)*.
Barcelona, 1967, 220 págs.

El mundo de la historia y de los historiadores es complejo. No me refiero a la complejidad de sus técnicas, ni a los obstáculos indudables que plantea unas veces la escasez, otras, la abundancia de los materiales. Quiero aludir a la diversidad de formas de contemplación desde donde se elabora la narración histórica. Esta variedad motiva —creo— el libro que pretendo reseñar. La historiografía actual presenta una multiplicidad de enfoques, que incluso, en ocasiones, pueden aparecer encontrados, en

disparidad. Otras veces se presentan como compartimentos diferenciados, incapaces de conectarse y fundirse entre sí. Creo que buscar unidad y fusión en la historia es —al menos— una de las intenciones de este libro.

El estudio monográfico en historia se construye sin estricta necesidad de un planteamiento general. Se delimita el tema, se anuncian y precisan sus fuentes; el enfoque se da como postulado, sin que signifique especial problema para quien recoge y elabora los correspondientes materiales. Se contempla y describe entonces determinados fenómenos económicos, políticos o culturales del pasado; o tal vez, se prefiere historiar movimientos sociales o estructuras de las clases o los *status* en una determinada época, describir una institución jurídica o social, un movimiento científico o artístico; también puede centrarse el interés en un determinado personaje político o un escritor con grave influjo en su momento, o bien la relación de una nación con otras o su posición en un conjunto superior. Todos estos temas —y cualesquiera otros— concretos, delimitados, suscitan dificultades y obstáculos en su conocimiento y elaboración. Pero no les mueve esencialmente una preocupación por su sentido general; van completando parcelas todavía no estudiadas, y se añaden, sin más, al acervo de los trabajos históricos. Procurarán —eso sí— cumplir con los rigurosos requisitos del método histórico y, frecuentemente, traer a consideración aspectos y realidades de interés al momento actual. Incluso, a veces, celarán que su resultado sirva, sea de utilidad fuera del mundo especializado de los historiadores. Pero no es usual que anden preocupados por un planteamiento de la historia como un todo, por un planteamiento general. Y ello —creo que está claro— no les resta un ápice de su valor. Ese conjunto de estudios, como reconstrucciones fragmentadas del pasado, integran la historiografía, aunque no tengan expresa una intención generalizadora, un deseo de enfrentarse a la historia en bloque, de una manera total. El libro del profesor Reglá, en cambio, posee ese sentido general ante la historia.

Según nos dice en el prólogo, había buscado ya antes un planteamiento general. Entre 1945 y 1955 había buceado en la filosofía de la Historia persiguiendo una consideración unitaria, completa. «Si bien —escribe— ...no me resultaba fácil encontrar una clara relación entre mis trabajos de archivo, mi formación de historiador, y las grandes abstracciones de la Filosofía de la Historia, en las que la especulación se alimenta con la misma especulación...». Y como sedimento último dejado por esta etapa de su vida, trae al fin del libro un apéndice, dedicado a las grandes visiones de la historia universal. Allí ordena cronológicamente y da razón de las sucesivas concepciones filosóficas. Describe el paso de la visión cristiana y providencialista de la Historia hacia otras filosofías. A San Agustín sucede Vico, intentando precisar —como Newton lo hizo para el mundo natural— la suprema ley del acontecer humano en un ritmo cíclico de decadencias y resurgimientos. Voltaire concibe la Historia como un camino hacia la razón; Hegel como un continuo desenvolvimiento de la Idea, de Dios; sigue la aparición del historicismo, la dia-

léctica de Carlos Marx, el organicismo de Spengler, los intentos de Jaspers o Toynbee, las diversas posiciones cristianas actuales, etc. La descripción de estas corrientes de pensamiento —de las concepciones filosóficas de la historia— ocupan el extenso apéndice del libro. Mas conviene volver a su núcleo fundamental, a las dos partes de la obra, en donde se halla realizada de otra manera su intención de unidad. En definitiva, creo interpretar bien afirmando que el autor ha puesto el acento en éstas; que la Filosofía de la Historia no le puede resolver el deseo de integrar la historiografía múltiple y heterogénea. Quienes usan con cuidado de los datos, los historiadores, no se contentan con una especulación general. La Filosofía de la Historia llenará algunas aspiraciones de totalidad, pero no la exigencia de unificación que siente el historiador: una unificación apoyada en las fuentes, destilada en la generalización de los datos.

El intento de señalar planos o niveles generales de la historia se manifestó ya por el profesor Reglá en la sistemática de su *Introducción a la Historia de España*, en colaboración con los profesores Ubieto y Jover, aparecida en 1963. Siquiera como introducción y desde la historia española realiza un planteamiento genérico. Con las exigencias de una publicación de esta índole, analizaba la Edad Moderna, aligerando datos y detalles para trazar con mano segura las líneas más importantes, los esquemas de la historia de nuestra nación. La preocupación por la claridad y el sistema, por el valor pedagógico —vivió también en sus explicaciones de Cátedra— plasmaba en aquella introducción. Pero es otro el sentido de *Comprende el món*.

Este libro, se mueve en una zona intermedia: ni la excesiva abstracción de la Filosofía de la Historia, ni la elaboración de los concretos acontecimientos. Aspira a inducir desde datos y elaboraciones históricas las constantes más genéricas en el cambio de la Historia; los conceptos más amplios posible del desenvolvimiento de los pueblos, del mundo del pretérito. En el esfuerzo hacia arriba se pierde —en parte— la apoyatura concreta de cada afirmación, pero se gana al lograr describir los esquemas fundamentales de la dinámica histórica, los mecanismos básicos del desenvolvimiento del pasado. Situado en esa zona media, el autor trata de olvidar su oficio cotidiano de historiar y, reflexionando sobre él, cimienta teorías de máxima abstracción. Si el historiador encaja hechos y datos en su descripción primera —mejor, en su elaboración—, ahora la cuestión consiste en intentar una segunda inducción: unir y sacar de los diversos enfoques, de la tarea usual de hacer historia, unos esquemas más generales.

En concreto, el esfuerzo y logro de *Comprende el món* se realiza en dos partes:

PRIMERA PARTE: *Los hombres, las actividades y la historia*.—Consta de tres secciones. Una dedicada a perfilar la actual situación de la historia, como estudio y disciplina. Las otras proponen un análisis de dos ideas centrales en el método histórico actual: el desenvolvimiento de los pueblos,

y el enlace de las generaciones en la historia. Con estas últimas —y con la dinámica de las revoluciones, expuesta en la segunda parte—, busca construir la trama fundamental de la historia.

En *La historia*, hoy —primera sección— el profesor Reglá precisa la situación actual en que se halla esta ciencia. Comienza señalando con penetración las notas que caracterizan el quehacer de los historiadores. Y, al mismo tiempo que fija una situación en el enfoque de los problemas históricos, la integra en postura personal, la completa. La visión que propone es, desde luego, sugestiva y esperanzadora; cree en una auténtica revolución copernicana, que aproxima la ciencia histórica a la realidad de la vida humana. Los caracteres en que se manifiesta la nueva dirección son varios. Por de pronto, la historia se interesa hoy por sectores humanos más amplios, no se reduce a contemplar cortas minorías; ya no se puede olvidar a los hombres sin historia, limitados a describir sólo la actuación de la élite dominante durante cada período. Además, no sólo la amplitud temática, sino también la actitud del historiador ha cambiado. Su consideración del «tiempo» es distinta, ya que no sólo investiga las cuestiones distantes, sino las más actuales; ya no es un intelectual de aspectos muertos, sino vivos, que interroga el pasado en función de presente. «Invirtiendo, pues —escribe—, la consideración del factor tiempo, partimos hoy del presente para proyectar nuestras preocupaciones en el pasado...» El relativismo histórico que ha penetrado incluso en las ciencias de la naturaleza, afecta esencialmente a la historia; somos conscientes de que cada época, cada momento, ha de redactar su propia visión del pretérito, de la historia. Considera a Wilhelm Bauer, Marc Bloch y Lucien Febvre, pioneros de esta inversión del tiempo, hoy admitida ampliamente. También otra condición le aparece fundamental: la necesidad de integrar los diversos enfoques. Es menester tomar contacto con el hombre del pasado, no sólo con sus aspectos parciales, religioso, económico, político, etc. Superar antinomias entre las diversas tendencias en un esfuerzo de comprensión del tiempo ya transcurrido. No una historia cargada de ideología, sino de auténtica comprensión: «la tentativa de nuestros días hacia una historia «integral» trata de armonizar las diversas tendencias, al servicio de una visión lo suficientemente dinámica y completa para que pueda encajar en el mismo ritmo cambiante de la historia de nuestro tiempo». Prescindiendo de matices, creo que las notas esenciales que asigna a la historiografía de hoy son la amplitud, la presión del presente sobre ella, el deseo de entender e integrar.

Inmediatamente examina los componentes de la historia, como diversas zonas en que se muestran —para una comprensión completa— los fenómenos varios, las actividades humanas. Da dos cortes en la masa de los datos para su encaje; distingue, por la rapidez en el cambio, las constantes geográficas, los rasgos de mutación lenta —estructuras—, los cambios cíclicos —coyunturas— y la fugacidad de los acontecimientos; por otro lado, esa diferencia de ritmo puede afectar a cada uno de los

sectores o niveles de actividad humana: economía, política, cultura y relaciones internacionales o política exterior. Niveles ya utilizados en la *Introducción a la Historia de España* para la exposición de la Edad Moderna. Ahora analiza estos niveles, hace ver su íntima trabazón, su movimiento coordinado. En la siguiente sección lo hará más por extenso, al describir el desarrollo histórico, como veremos. Aquí se limita a introducir a estas categorías. Sólo en el trabajo de equipo —dada la vastedad de su propuesta—, ve posible la realización de una historia integral o total.

La segunda sección lleva por título *El desarrollo y sus formas*. Su intención es terminar su reflexión sobre las interacciones de los distintos niveles, «constatar unas normalidades, discutibles y revisables», pero, sin duda, sugestivas en el esfuerzo hacia un esquema fundamental de la historia. Y lo presenta en forma de gráfico, que después explicita. A las épocas de expansión económica —expone el cuadro gráfico— corresponde una sociedad con tendencia al equilibrio, con más amplitud de clases medias; el Estado muestra una política de flexibilidad; la cultura vive en la libertad y el clasicismo; las relaciones internacionales son más pacíficas, cosmopolitas. En las depresiones existe una proletarización de clases medias, una minoría de privilegiados, una masa de humildes; el Estado desemboca en autocracia o dictadura; el academicismo y el barroco de evasión, la cultura dirigida; las relaciones internacionales son tensas, acusan marcados nacionalismos. Después va reconsiderando cada uno de los sectores. Primero el económico, al que da notable importancia, en donde analiza los ciclos —la marcha de sus distintas variables en el tiempo—, así como el grado de desarrollo de un país. Sobre ellos hace ver el ritmo de los otros niveles, el político, el cultural, las relaciones internacionales. Primero —sin prescindir nunca de los sucesos históricos— de una forma más analítica y razonada, luego aplicando su concepción general a la historia, desde el siglo XI en adelante y, con mayor extensión, a la crisis de 1929. Contrasta el valor explicativo de estos componentes de la historia, su dinámica y coordinación. En breves trazos condensa la historia universal en su esquema; sugiere sus posibilidades, demuestra su valor ordenador, dentro de su máxima abstracción. Me permito traer un ejemplo, sintetizando sus páginas sobre la crisis de 1929, la gran crisis. El colapso de 1929 sigue a una época de prosperidad desde 1924. La repentina caída de valores en Wall Street se propaga al resto del mundo; el cese de préstamos extranjeros en detrimento de Alemania y Austria, la devaluación de la libra esterlina, con todas sus consecuencias; el grave paro industrial en los distintos países muestran el surgir de la nueva situación. Las distintas naciones respondieron con severas medidas de dirigismo económico, con un proteccionismo, con intentos, a veces, de autarquía. Las consecuencias sociales, ideológicas y políticas corresponden al sentido del esquema. En lo social se percibe una disminución de la natalidad y un reflujo hacia el campo, que permite un mínimo vital todavía; la proletarización de artesanos, pequeños industriales y

mercaderes se cumple; los intelectuales —las profesiones liberales— sufren también, como las restantes clases de la población inferior, el embate de la crisis. Las corrientes ideológicas, se cimentan en la nueva miseria; se fortalecen los movimientos totalitarios, de sabor irracionalista; aflora una reacción contra la técnica, contra la máquina, contra socialismo y liberalismo. La literatura da tonos de pesimismo, de realismo crítico, social y se exaltan los valores de fuerza y energía del hombre. El arte pierde toda ilusión por la realidad, decidido a analizar las formas; mientras, el cine opta por la evasión. En cuanto a las repercusiones políticas, se abandonan casi por entero las formas democráticas; se instauran totalitarismos, más o menos marcados en la mayoría de los países, salvo en U. S. A., Inglaterra, Francia, España y algunos países de la Europa occidental y central, donde, sin embargo, se perciben tendencias de mayor intervención. Con estas líneas, creo haber mostrado una de las aplicaciones realizadas del juego conectado de los diversos sectores de la historia. La historia del derecho —me parece— tiene su representación en los tres últimos; el estudio de instituciones pertenece a la zona política, que no está concebida como mero desfile de personajes, sino de instituciones e ideas; la historia de ideas jurídicas integraría una parte de la cultura, del desenvolvimiento del espíritu. Incluso —en aspectos privados y públicos— importarán sus instituciones para estudio de la realidad social.

El otro instrumento básico para la comprensión de la Historia gira en torno del hombre, de los hombres. El profesor Reglá expone la consideración que una historia integral o total debe hacer del hombre. Señala las divergencias evidentes que separan a los sujetos del acontecer histórico; busca la conexión existente entre minoría y masa en el correr del tiempo. Pero, sobre todo, se ocupa de la técnica de las generaciones, conjunto de hombres insertos en una misma trayectoria, en una circunstancia común. Resume las aportaciones a este método en Ortega y Gasset, Laín Entralgo, Julián Marías, Renouard... Y añade algunas observaciones propias: la aceleración del tiempo histórico, a partir de la revolución industrial y la mayor duración de la vida humana. Ambas realidades pueden alterar la periodificación generacional usualmente fijada en treinta años. «Un año del siglo catorce y un año del siglo veinte, por ejemplo —dice— tienen una duración muy diferente en relación al *tiempo histórico*, mucho más acelerado en el veinte que en el catorce. Por otra parte, al aumentar la duración de la vida humana, también son diferentes los treinta años del siglo dieciocho a los treinta años de nuestros días». Pero, sobre todo, añade un esbozo de las generaciones españolas a partir de 1480. Enumera las distintas generaciones que se han sucedido en la Historia de España, como avance de un libro que prepara sobre las minorías dirigentes en la historia española. Con el resumen de las mismas acaba esta primera parte de *Comprender el món*.

SEGUNDA PARTE: *Los procesos acelerados y el reajuste de posiciones.*—

En esta parte atiende el doctor Reglá al desarrollo de las revoluciones. Parece que la historia cobra su máximo ritmo en estos cambios acelerados; a través de ellos se detecta más fácilmente la dinámica del pasado. La fijación de los distintos grupos de hombres que se mueven alrededor del proceso revolucionario es, sin duda alguna, explicación fundamental del mecanismo de cambio histórico.

Los rasgos esenciales de una revolución —el estudio de sus constantes— los describe sobre la obra de Brinton, y la de J. Vicéns Vives. La primera actuación de los moderados suele llevarse al punto culminante por los radicales, con sus anticipaciones utópicas. Luego, un golpe de Estado de signo contrario vuelve el poder a los moderados, que institucionalizan —consolidan— las conquistas revolucionarias en un plano inferior, más limitado. «Sintéticamente, pues —resume—, las Revoluciones arrancan de una actitud de *centro* (de *derecha*, si consideramos la revuelta de los privilegiados), se desplazan hacia la izquierda y vuelven después al *centro*, a partir del cual se inicia la convalecencia y, en definitiva, el retorno a la normalidad». Pero las Revoluciones se hacen por hombres y, en tal sentido, surge además un reajuste de posiciones de grupos e individuos. Los protagonistas activos son los creyentes, que la llevan a cabo, y los flotantes, que la ganan. Los pasivos —quienes enjuician desde fuera— suelen escindir-se en dos grupos; una mayoría, aún cuando vio la necesidad primera del cambio, retrocede después hacia la derecha, ante los excesos revolucionarios; una minoría —los independientes— critican excesos, y sin esa reacción a posturas previas, se mantiene frente a unos y otros. Queda por último, entre los espectadores pasivos, quienes siguen siempre fieles al *statu quo* anterior, así como quienes, no teniendo qué perder, se dejan arrastrar por los acontecimientos sin activa participación.

El esquema de los procesos acelerados revolucionarios —enriquecido en este libro— se aplica ahora a concretos momentos de la historia, mientras se completa su análisis. Se precisan los elementos —tensión económica y crisis en el Gobierno— que provocan el estallido, las clases que toman parte en ella, los sucesivos pasos que atraviesa paulatinamente; es decir: revuelta de privilegiados, conquista del poder, el gobierno de los moderados, los extremistas en el poder, la reacción termidoriana. Después analiza las posiciones de quienes están fuera de ella, de quienes son observadores pasivos, pero reaccionan de una u otra forma ante los sucesos. El miedo a la Revolución y las posturas independientes —o en equilibrio— son las formas fundamentales, como vimos. Y en ambas cuestiones el autor —más directamente— trae ejemplos felices de quienes adoptaron una y otra. El pánico de Floridablanca —a través del estudio de Heer— y sus esfuerzos por detener la vecina revolución. El viraje temeroso frente al protestantismo, en la época de Felipe II, basándose en investigaciones propias. Como actitudes independientes, como muestras de crítica y ponderación ante las fuerzas del cambio valora el talante sereno de Juan Luis Vives, las ideas de Jovellanos —en contraste con Floridablanca—, la ac-

titud de Maragall ante los sucesos de la Semana Trágica. En definitiva, el análisis interno de la revolución se completa por la atención a grupos y hombres que quedan fuera, pero reaccionan al estímulo incitador del proceso revolucionario.

Esta es —brevemente— la descripción de *Comprendre el món*. Desde el concreto oficio de historiador precisa algunos esquemas constantes y más generales para la comprensión de la Historia. No una Filosofía de la Historia, pues se apoya siempre en los datos y hechos con rigor de método. No le satisface la mera especulación. Pero apunta a una consideración básica, fundamental de la historia integral, total.

M. PESET REIG.

ROBBE, Ubaldo: *La successione e la distinzione fra successio in ius e successio in locum*. («Pubbl. dell'Istituto di Scienze giuridiche, economiche e sociali della Università di Messina», número 71), Milano. Giuffrè, 1965; 223 págs.

El profesor Robbe viene de lleno a incidir con este trabajo que presento a los lectores del Anuario, en uno de los campos de batalla más intrincados del romanismo, donde eminentes autores han pretendido crear unas construcciones que suelen pecar de demasiado artificiales. La complejidad de los términos *successio in ius* y *successio in locum*, su entronque con figuras filosóficas no bien aclaradas aún, la enigmática función de la *universitas* en el campo hereditario, y principalmente, la complejidad del concepto de *hereditas*, tan laboriosamente gestado en la milenaria evolución del Derecho romano, hacen que este libro haya de ser examinado con gran meticulosidad, por venir a tratar un tema de perfiles históricos y dogmáticos muy complejos. Acaso es la *hereditas* la institución donde mejor pueda verse la genialidad jurídica de los romanos, e indudablemente, es la institución que más han afinado. El contenido de este trabajo, del que discrepo esencialmente, no deja de tener agudos relieves polémicos que trataré de exponer ordenadamente. También quiero resaltar que este libro representa el primer capítulo de una obra que el autor promete más extensa sobre el argumento, y que por ahora se limita a exponer la noción de la *hereditas* y examen de sus elementos.

Destaca en primer lugar las dos menciones de *hereditas* que proveen las fuentes: como *successio in ius* (D. 50, 17, 62: Juliano, y D. 50, 16, 24: Gayo), y como patrimonio (Cic. *Top.*, 6, 29). Ninguna es completa, observando el autor del examen de otros textos que *hereditas* expresa fundamentalmente el fenómeno jurídico de la sucesión de una persona en la situación jurídica del difunto; por tanto, tiene el significado de *ius*, aún sin contenido material. *Hereditas* viene a ser un concepto